

que en liza venzan á la noble lanza
con talismán impuro!

Un día, en lo más alto
de los funestos muros
de su infame castillo,
se ven bambolear sus viles restos
colgados en un poste
con su sangre manchado;
y eternizando su suplicio justo,
sus cómplices de un día,
los mismos hechiceros,
con sortilegios viles y espantosos,
entre las sombras desencadenados,
sus huesos descarnados se reparten
en sus fiestas sacrílegas.

¡Gloria al noble guerrero victorioso
y gloria al piadoso castellano!

Cada hermosa, su nombre
borda, sin ocultarlo, sobre el lino.
El melodioso trovador consagra
sus cantos inmortales
á su triunfante acero.
En su tumba de mármol
una hada vela siempre,
y se da á su trofeo
un altar por columna.

Grabad, pues, caballeros y donceles,
en vuestra cortés alma,
la ley de los torneos de los galos
y sus cañas galantes.
Por los jueces de armas,
por la engañada hermosa
serán ignominiados los felones;

no hay refugio á su oprobio;
los condenados por los nobles jueces
han de ser castigados por las damas.

¡Largueza, oh caballeros!
¡Largueza á los guerreros
que acuden valerosos—á enaltecer sus armas
en el seno febril de las alarmas!
Entren en el palenque—de las peleas francas
las armas milanesas—con el verde dragón,
el manto negro de Agra—con sus lágrimas blancas,
la flor de lis de Francia—ó la cruz de Aragón.

Enero, 1824.

ODA DÉCIMATERCERA

EL ANTICRISTO

Cuando habrán transcurrido los
mil años, Satán será desatado; sal-
drá de su prisión y seducirá las
naciones que hay en los cuatro ex-
tremos del mundo, Gog y Magog.

SAN JUAN.—Apocalipsis.

I

Vendrá cuando las últimas tinieblas
se esparzan y la fuente de los días
agote sus torrentes; cuando al frente
de negrísimas noches, como ojos

moribundos, los soles se amortigüen;
 cuando el abismo inquieto haga ruido
 entre la obscuridad; cuando el infierno
 de sus audaces tropas cuente el número,
 y cuando el peso de la excelsa nave,
 cual carro viejo al que entorpece el polvo
 de su larga carrera,
 haga chirriar del cielo el débil eje.

Vendrá cuando la madre en sus entrañas
 su fruto sienta estremecer de espanto;
 cuando nadie irá en pos, formando séquito
 del justo que bajó triste á su tumba;
 cuando, acercando mares sin orillas
 y sin lecho, oirá mugir el hombre
 de lo eterno la ola
 del tiempo al engullir la vieja nave.

Vendrá cuando el orgullo, crimen y odios,
 de la antigua alianza
 hayan ya quebrantado los deseos;
 cuando los pueblos vean, espantados
 de su próximo fin, del mundo estéril
 que la cadena toda se desata
 y en sus sendas de fuego se extravían
 los astros, y en el cielo (como en salas
 vacías, se pasea el huésped, mientras
 los invitados llegan) pasearse
 de Dios la inmensa sombra.

II

Lucirá como un astro en las naciones
 A disipar vendrá de los cautivos
 el rescate; el Señor ha de enviarlo

á devastar la viña,
 á que disperse todas las cosechas.

Los pueblos no sabrán, en su profundo
 estupor, si su mano ha sostenido
 en algún otro mundo cetro ó esposas;
 y en sus cantos de luto é himnos de fiesta,
 no sabrán de las luces de su frente
 si son rayos de luz ó son relámpagos.

A veces sus facciones, del cielo los encantos
 tomarán; como un ángel vestido de radiantes
 armas, su cuerpo brillará luciente
 de resplandores; sonreirán sus ojos
 vertiendo dulce llanto, como aurora
 en la frente de hermosa primavera.

Otras veces, amante repulsivo
 de noche solitaria, dragón negro
 desplegando las alas y las uñas
 de hierro, y espantado de su propio
 misterio, desde el seno profanado
 de la tierra, sus pasos los vapores
 del mismo infierno harán subir doquiera.

Su milagrosa voz oirá Natura,
 su aliento arrastrará hasta los desiertos
 las ciudades; el curso nebuloso
 guiará de los vientos, y en los aires
 tendrá sus carros; domará las llamas
 y andará por el agua; la infecunda
 arena se verá esmaltar de flores
 bajo sus plantas, y como aureola
 descender hasta él todos los astros
 y al rumor de su voz estremecerse
 los muertos, como si él los despertara.

Río revuelto de aguas desbordadas,
volcán de lavas negras; ni un amigo
tendrá, para tener aún más esclavos;
pesará sobre todos su grandeza;
y la tierra, al cruzarlo este funesto
fantasma, no su reino, su conquista
parecerá; un amo será sólo
donde un pastor fué Cristo solamente.

Parecerá sobre la esclava tierra
otro peso llevar y de otra vida
vivir. Jamás podrá llegar á viejo
y no podrá cambiar. Las frescas flores
que nosotros cogemos, agostadas
para él han de ser; y sin ternura
y sin fe, en toda patria, en toda tierra,
cual extranjero triste irá cruzando.

Jamás será su espera la esperanza;
como una ola impetuosa de los mares,
por sus propios deseos combatido,
en secreto, su ciencia
á la ignorancia envidiará y tan sólo
dará frutos amargos. Impasible,
como antes de que empiece la tormenta,
como después de fiera muerte, mudo,
desafiará de su prisión el auto
sobre su altiva frente suspendido,
su corazón será tan solamente
una arena insensible, do en la negra
lucha de un himeneo insostenible,
el crimen matará al remordimiento.

Él va á alcanzar los últimos instantes
de los tiempos, vecinos ya á la muerte.
La última luz extinguirá su brazo

del puerto postrimer. Dios, que en su día
á su enviado celestial colmara
de todas las desgracias, del infierno
colmará al enviado de mil bienes.
Sobre inmundos placeres acostado,
como sobre sus presas palpitantes,
no brillará en sus ojos, mientras dure
su poder vano, más que la vergüenza
escondida en el seno de alegrías
fingidas, y el orgullo que se alza
de la impotencia en el rabioso fondo.

Llevando á los mortales los mensajes
del infierno, su mano, los errores
de la razón sembrando en los dominios,
va á mezclar en su copa cincelada,
donde irán á beber los falsos sabios,
los amargos venenos del perfume
y el oculto veneno de las mieles.
Como un espeso y funerario muro,
entre el hombre y el cielo que lo hiciera,
se atreverá á poner su adiós terrible;
su crimen no habrá lengua que lo nombre
y:—«¡Este es mi Dios!»—exclamará el ateo.

III

En fin; cuando este héroe de misterio
supremo habrá cumplido su destino,
de un crimen dirigiéndose á otro crimen;
cuando la virtud santa escarnecida,
y la fe saludable amortiguada,
encontrarán los corazones todos
con sus sagrados fuegos extinguidos;
cuando del crimen con el ígneo sello

y del suplicio con la marca férrea
 habrá marcado ya á todos sus cómplices;
 cuando será contado su rebaño,
 la vida dejará cual su morada,
 y su reino terrestre
 no va á tener por hora postrimera
 más que la eternidad inacabable.

1823.

ODA DÉCIMACUARTA

EPITAFIO

*Hic præteritos commemora dies
 æternos meditare.*

Niño incauto ó prudente, joven ó anciano;
 tú que de cielo en cielo, con vuelo vano,
 errando á la ventura como una nube,
 de un placer al impulso que hasta ti sube,
 de instintos necesarios al llamamiento,
 sigues sin darte cuenta su movimiento:
 ¿á dónde vas tan lejos, triste viajero?
 ¿Esto de tu camino no es lo postrero?

La muerte, que doquiera pone su planta
 con expiatoria sombra que al mundo espanta,
 victoriosa ha cubierto mis esplendores.
 Hasta mi propio nombre de sus rigores

sufrió á su vez el velo vil é injurioso,
 y á tu ojo brillante y asaz curioso
 la mano del olvido tapa, pesada,
 si alguna de tus glorias hay en mi nada.

Como tú, caminante, pasé yo un día.
 Volvió el río á perderse donde nacía.
 Sobre este mármol roto siéntate y calla,
 deja por un instante sobre esta valla
 el peso que en tu marcha te fatigaba,
 que aquí depuse el fardo que yo llevaba.

Si buscando la sombra buscas reposo,
 ven, acude á tu lecho, do silencioso
 se descansa alejando todo ruido,
 y si en el mar revuelto y embravecido
 lucha tu esquife frágil en desconcierto,
 ven, aquí está el escollo y aquí está el puerto.

¿Sobresaltar tu alma no sientes nada?
 ¿No sientes detenerse tu planta osada
 cual delante de lindes imperiosos,
 y trazado con signos misteriosos
 no ves escrito el nombre con que te llama
 en el fúnebre asilo que te reclama?

Histrión triste y efímero, que á duras penas
 de su papel conoce cortas escenas,
 cada hombre, con la audacia propia embriagado,
 de temor palpitando, sale espantado
 del pastor bajo el sayo pobre y raído
 ó del monarca dentro del vil vestido,
 y vestido en su traje, que es su sudario,
 sufre á su vez la hora del escenario.

No pises de los muertos la tumba fría;

como yo fui, á su reino tú irás un día.
El hombre, sin alientos, á cada instante
de la muerte en la vía sigue adelante,
y, ¡viajero!, no sabes en qué momento
se aventará tu polvo, ni por qué viento.

Pero ante mí tu pecho se agita apenas
ni se hiela la sangre dentro tus venas.
¿Cómo así? ¿Ni un suspiro, ni solamente
en tus labios un rezo, tu alma en la mente?
¡En tu ser palpitando te habla tu nada;
tu ceniza viviente no es escuchada!

¡Tú pasas! En efecto; dí, ¡qué te importa
la piedra que la vida dice si es corta!
Estas tumbas desiertas que el musgo viste,
¿qué cosa ocultar pueden á tu ojo triste?
Algunos huesos sueltos hechos ya trizas,
festín de los gusanos; viles cenizas,
tristes como lo anuncia su aspecto externo...
Tal vez nada, el vacío... —¡Ay! ¿Y lo eterno?

1823.

ODA DÉCIMAQUINTA

UN CANTO DE FIESTA DE NERÓN

Nescio quid molle atque facit uno.

HORACIO.

Amigos, el fastidio
nos mata y se lo evita el que es prudente.
Venid á admirar todos
la fiesta á que os invita Nerón, César,
cónsul por vez tercera, amo del mundo
y dios de la armonía,
que á la jónica modá, cuando canta,
acompaña su acento
con su armoniosa lira de diez voces.

Mi llamamiento alegre
que os junte á la hora dada,
jamás habréis gozado
tantos placeres juntos
en la casa de Pallas, el liberto,
ni de Agenor el griego en el palacio,
ni en aquellos festines
de donde el malestar se desterraba,
donde el austero Séneca
alabando á Diógenes
el Falerno bebía en copas de oro,

ni entonces que, en el Tiber,

Aglæ de Falera
bajo telas del Asia
de brillantes colores,
medio desnuda, entre vosotros todos,
en la galera vuestra iba remando,
ni entonces, cuando al son de los laúdes,
el gobernador noble de Batavia
echaba veinte esclavos á las fieras,
cuyas fuertes cadenas escondía
con guirnaldas de flores.

¡Venid! Roma va arder á vuestra vista,
Roma entera. Yo he hecho
conducir mi litera
á lo alto de esta torre
para mirar la llama, desafiando
sus torrentes de fuego.
¡Qué son, qué significan los combates
inútiles del hombre y de los tigres!
Los siete montes hoy son un gran circo
do lucha Roma entera
contra el fuego creciente que devora.

Así le place al amo de la tierra
distraer su profundo
solitario fastidio.
Algunas veces debe,
cual un dios, lanzar rayos.
¡Pero venid! La noche va acercándose
y la fiesta comienza;
ya el incendio, culebra que se enrosca,
empieza á levantar su ala sombría
y sus lenguas de fuego.

¿Lo veis? Sobre su presa llameante
desenvuelve, extendiéndose,

sus repliegues de humo...
Parece que acaricie
esos muros que van á caer presto,
y en su ardoroso abrazo
los palacios altivos
se evaporan al punto...
¡Ay de mí! ¡Que no tenga
yo, como él, sus besos que devoran,
sus caricias que matan!

¡Oid esos rumores!
Mirad esos vapores cenicientos,
esos hombres, errando
cual sombras en el fuego,
este silencio tétrico de muerte
que por grados renace...
Las columnas de bronce
y las puertas de oro
caen desmoronadas,
y ríos de metal fundido ruedan
llevando olas de fuego
al palpitante Tiber.

¡Todo perece, todo! Jaspe, mármol
y pórfido y estatuas
perecen en las cenizas abatidas
á pesar de sus nombres inmortales.
El azote triunfante
á mi gusto se esparce,
todo lo llena en su gigante curso,
y el aquilón gozoso
el incendio atormenta
cual chispeante tempestad de fuegos.

¡Adiós, adiós, gallardo Capitolio!
En los revueltos fuegos

el acueducto del soberbio Sila
 un puente del Cocito me parece.
 ¡Nerón lo quiere! Todas estas torres,
 todas aquellas cúpulas
 van á caer. Muy bien. Por todas partes
 chasquean sobre Roma
 las centelleantes llamas.
 Dale las gracias, reina de la tierra.
 ¡Contempla qué corona
 ciñe tu hermosa frente!

Aun niño, me decían
 que sibilinas voces
 el porvenir rendían á los muros
 de las siete colinas, que los tiempos
 morirían domados
 á las plantas de Roma,
 que su inmortal estrella
 estaba todavía
 nada más que en su aurora; amigos míos,
 su eternidad, decidme,
 ¿cuántas horas aún puede sostenerse?

¡Qué hermoso es un incendio
 cuando la noche es negra!
 Hasta el mismo Erostrato
 mi gloria envidiaría.
 Los dolores de un pueblo, ¿qué le importan
 á mis dulces placeres?
 La multitud huye por todas partes...,
 el inmenso brasero la rodea...,
 no hay salida posible.
 ¡Oh! ¡Quitad de mi frente mi corona!
 ¡El fuego esplendoroso
 que á Roma purifica
 marchitaría sus rosadas flores!

Cuando salpica la humeante sangre
 vuestros trajes de fiesta,
 lavad la mancha, amigos,
 con el vino de Creta, que el aspecto
 de la sangre no es dulce
 nada más que á la vista de los malos.
 Cubramos una fiesta crudelísima
 con voluptuosidades...
 ¡Ay del que se complace
 con los gritos de angustia
 que las víctimas lanzan!...
 Es necesario ahogarlo entre canciones.

Yo castigo á esta Roma
 y me vengo de ella.
 ¿No persigue en sus templos
 con incienso voluble
 á Júpiter y al Cristo tan odioso?...
 Que al fin y al cabo su terror me mire
 á su mismo nivel. También ansío
 que se erija otro templo en honra mía,
 puesto que esos romanos son tan bajos
 que no tienen aún bastantes dioses.

He destruído á Roma
 para hacerla más bella todavía.
 Su caída á lo menos
 rompa la cruz rebelde.
 ¡Id ya! ¡No más cristianos
 y que perezcan todos!
 Roma en ellos castigue
 la causa de sus males...
 ¡Exterminad!... — ¡Esclavo!, trae rosas,
 su perfume es muy dulce.

ODA DÉCIMASEXTA

LA LIBÉLULA

Cualquier cosa la anima, veleidosa
y curiosa, recorre los objetos
todos que á ella le halagan, sin fijarse
más que se fija el céfiro errabundo,
rival de las abejas, en las flores,
ó el beso que se roba de improviso
sobre unos labios rojos.

ANDRÉS CHÉNIER.

Cuando libre y veloz, la libélula
de dorado cuerpo,
al marcharse el invierno tan triste
emprende su vuelo;

á menudo desgarran los dardos
de las zarzas verdes
su vestido irisado y brillante,
sus alas lucientes.

*

Juventud inocente y endeble
que extraviándote acudes doquiera
y hacia donde te llama tu instinto
inocente vuelas:

¡asimismo también muchas veces

desgarran tus alas,
de las verdes voluptuosidades
la punzante zarza!

Mayo, 1827.

ODA DÉCIMASÉPTIMA

A MI AMIGO S.-B.

Perseverando.

Divisa de los Duces.

¡El águila es el genio!—Ave de la tormenta
que de los altos montes—busca la cima enhiesta,
cuyo alegre graznido—canta del nuevo día
el despertar ardiente;—el ave que no mancha
sus garras en el fango—y cuyo ojo cambia
sus rayos llameantes—con los que el sol envía.

Su nido, no es un nido—de musgo, es la guarida
formada por el rayo,—del ave de rapiña,
es de un pico espantoso—el boquete profundo,
es del monte en los flancos—un derruyente asilo
batido por los vientos,—pendiendo entre el abismo
de los cielos inmensos—y el abismo del mundo.

No es el pobre gusano,—las abejas doradas,
ni la verde libélula—de abigarradas alas

lo que esperan hambrientos—en su nido elevado;
no, es el pájaro obscuro—que en la noche vegeta,
el inmundado lagarto,—la serpiente, lo que echa
al aguilucho débil—de plumaje erizado.

Nido y real palacio—que, con ola de nieve,
rebotando sitia—la avalancha mugiente,
allí el genio á sus hijos—con su amor alimenta,
y sus ardientes ojos—hacia el sol dirigiendo,
cubre jóvenes almas—bajo su ala de fuego
que, alas poniendo un día,—cruzarán la tormenta.

¿A qué, pues, admirarte,—si sobre tu cabeza
se detiene la nube—de relámpagos llena,
si un reptil en tu nido—impuro se debate?
En tu primera fiesta—éste es tu primer juego;
para vosotros, águilas,—tiene cada momento
un rayo, y cada fiesta—es un nuevo combate.

¡Echa rayos que es tiempo!—Si viene la tormenta
en deslumbrante prisma—cambia la nube negra
y tu alto pensamiento—que cumpla su ley santa.
A mi paterna mano—junta tu mano hermana.
¡Cantor, toma tu lira!—¡Abre tu joven ala
y alza, águila, tu vuelo!—¡Astro, astro! ¡Levanta!

Va á disolverse, amigo,—la bruma de tu aurora.
Haz que el sol y los rayos,—águila, te conozcan.
¡Que un nombre se conquisten—tus voces inspiradas!
Ven. Esta gloria, el blanco—de los tiros vulgares,
es como las banderas—que de las guerras traen,
son tanto más hermosas—cuanto son más rasgadas.
Cual real meteoro—de ardiente cabellera,
se agranda con los mundos—que en su órbita encuen-
tal, ¡oh joven gigante!—te agrandas cada día... [tra,
De caminos trillados—lejos así tu genio,

arrastrando en su curso—mundos de pensamientos,
siempre anima y se agranda—con gigante armonía.

Diciembre, 1827.

ODA DÉCIMOCTAVA

JEHOVÁ

*Domini enim sunt cardines terræ,
et posuit super eos orbem.*

CANT. ANNAE, I.

Jehová es el amo de los dos polos,
y sobre ellos hace rodar el mundo

JOSEPH DE MAISTRE.

Veladas de San Petersburgo.

¡Gloria á Dios solamente!
¡Su solo nombre echa en sus obras rayos!
Lleva en su mano al universo todo;
Él la eternidad pone
aún más allá de todas las edades
y puso el infinito
más allá de los cielos.

Al caos dirigiendo
su palabra fecunda,
con sólo una palabra
dejó caer el mundo;
cerca de Él el luminoso arcángel

las naciones recuenta,
cuando, de los lugares y los días
franqueando el espacio,
á los siglos dispénsales sus razas
y á las generaciones mide el tiempo.

Su omnipotente poderío nada
en su curso detiene,
ya sea que su soplo
semejante á los bóreas
un ardiente cometa siempre impulse
de una esfera á otra esfera,
ó en un rincón del mundo
un viejo sol extinga.

Sea que un volcán siembre
bajo el bramante Océano,
lo mismo que las olas
la altiva frente de una sierra inclina,
ó del turbado infierno
la inmunda y negra bóveda
en su ira tocando,
de los llameantes mares en el seno
persiga á los demonios.

¡Oh! La Creación se mueve
en tu alto pensamiento.
¡Oh, Señor!, todo sigue
la vía que trazaste en tus designios.
Tu brazo lanza un rayo
en medio del invierno
de la viuda llorosa
del publicano ávido, ó da vida
en un cielo lejano,
—la morada desierta del vacío—
pasando á un universo.

Sin Él no es nada el hombre,—débil presa
que las penas disputan
un instante á la muerte;—
Dios le envía su luto
ó le vuelve á acoger en la alegría;
de la cuna á la huesa
ha contado tus pasos.

Su nombre, que celebra el arpa de oro
del místico elegido,
es repetido por las voces todas
del universo que su amor salvara,
y si acaso retumba en su eco fúnebre,
el infierno maldice
á su rey reprobado por los cielos.

Los ángeles, los santos,
las serenas esferas
y el alma de los muertos,
ante ti reunidos, ¡oh Dios!, hacen
un concierto solemne de tu gloria;
y tú quieres que el hombre
—percedero ser fugaz y humilde,—
sobre la arena andando
á través de la noche más profunda,
mezcle su canto efímero
á aquel himno de gloria inmenso, eterno.

¡Gloria á Dios solamente!
¡Su solo nombre echa en sus obras rayos!
Lleva en su mano al universo todo;
Él la eternidad pone
aún más allá de todas las edades
y puso el infinito
más allá de los cielos.